

Argentina: el peronismo burgués, el peronismo obrero

"Mi único heredero es el pueblo" dijo el general Juan Perón en su discurso postrero, en la des-
apasible tarde del 12 de junio de
1974. La muerte del líder popular
el 1o. de julio siguiente, dio dra-
mática actualidad a aquel testa-
mento político. Pero no fue el pue-
blo, sino el peronismo burgués
encabezado por María Estela Mar-
tínez de Perón, quien recibió los
atributos formales del poder re-
publicano.

30 años de historia, de luchas
de la clase trabajadora y el pueblo
argentinos por la emancipación
nacional y la redención social
—herencia contemporánea de las
viejas luchas independentistas y
sociales del siglo pasado y comien-
zos del actual— arribaron de tal
modo a una insoluble contradic-
ción. Por un lado, el proyecto de
desarrollo de un capitalismo re-
mozado e independiente —con la
relatividad que este término im-
plica referido al capital en la épo-
ca del imperialismo—, que Perón
sintetizó en el llamado a la "uni-
dad nacional" por encima del an-
tagonismo de las clases sociales, y
en la concertación de un Pacto So-
cial entre éstas. Por el otro, el de-
sarrollo histórico de las luchas so-
ciales argentinas, desde las mon-
toneras federales del siglo pasado
pasando por los heroicos huel-
guistas proletarios de principios
del siglo, hasta la etapa contem-
poránea, que la clase obrera y las
masas populares sintetizaron en
las viejas banderas de 1945, de "la
patria justa, libre y soberana",
también remozadas en el fragor
de la pelea, la "Patria Socialista".

La Argentina Potencia, profe-
tizada por la propaganda del pe-
ronismo burgués como la suma de
las aspiraciones nacionales, nació
así impotente, vacía de la legiti-
midad que se negó a brindarle la os-
tensible repulsa popular a la he-

redera imposible.

Sin embargo, mientras en la
arena los dos protagonistas el pe-
ronismo burgués y el peronismo
obrero— asumían sus papeles en
la tragedia, el coro comenzaba a
diferenciarse, ocupaba un lugar
cada vez más activo.

El coro de las clases dominan-
tes —testaferros de las transna-
cionales, abogados y catedráticos
de las empresas extranjeras, mi-
litares replegados al profesionalis-
mo tras la derrota política de la
dictadura militar de 1966-1973,
dignatarios eclesiásticos más solí-
citos a sus relaciones de clase que
al Vaticano II, patrones "naciona-
les" cuya sensibilidad social se
agotaba en los límites de la "ren-
tabilidad empresarial", terraten-
nientes con modos de señoritos.
políticos gorilas prolijamente ra-
surados para estar a tono de los
nuevos tiempos— sustentó vocin-
gleramente la "continuidad de las
instituciones" en aquella mujer y
su corte de los Milagros, que se
presentaba a reclamar una heren-
cia política a la que había accedi-
do casi de casualidad.

Todos aquellos caballeros atil-
dados, caballeros de la industria
de las armas y de las letras, jura-
dos enemigos de la independencia
nacional y de la liberación social.
se convirtieron en las columnas
del poder que se montó como pa-
tético residuo de una inmensa
mayoría nacional. De aquella ma-
yoría que, con siete millones y
medio de votos, el 62 por ciento
de los sufragios, había votado por
las banderas históricas del pe-
ronismo. Ya nada quedaba ni era re-
conocible de aquella formidable
voluntad nacional, ni del casi 90
por ciento de los sufragios que,
bajo una u otra sigla, aspiraba a
la transformación de las caducas

estructuras sociales, económicas y políticas de la Nación.

Estos mismos caballeros de las armas y la industria que ayer derrocaron a la presidenta argentina gritaban en defensa de la "continuidad institucional" cada vez que se denunció la expoliación sin límites de la clase obrera, las crueles matanzas contra activistas obreros, militantes disidentes, guerrilleros y familiares de luchadores.

El poder inescrupuloso y corrupto de López Rega y sus sicarios fue consentido y aceptado —como lo reconoció hace poco un prohombre de la derecha liberal Leopoldo Bravo— por quienes hoy se erigen en campeones de la moral y el orden.

El motivo era muy claro: decía años atrás John William Cooke, preclaro peronista revolucionario, que los autores del golpe de Estado de 1955, tras derrocar al general Perón, se habían encontrado con el problema de la supervivencia del peronismo. Y que como ese fenómeno constituía un misterio, lo habían entregado a manos de la policía para que lo dilucidara y se hiciera cargo de él. Ahora, las clases dominantes decidieron que, como el peronismo obrero sobrevivía a la contradictoria etapa del tercer gobierno de Perón y a la muerte del líder, era conveniente que se encargara de su "solución final" el propio peronismo burgués, aquel que por ideología, intereses y hábitos se identificaba con la ideología y los intereses de la dependencia y la explotación capitalista en la Argentina.

Desbordada cada día por la tenaz resistencia obrera, que se alza desde cada fábrica en la lucha por sus reivindicaciones políticas, económicas y sociales, jaqueada por todas las formas del combate popular, María Estela Martínez de Perón se convirtió en un lastre político, en un cadáver insepulto antes que tres oficiales superiores

le indicaran que debía dirigirse detenida a Bariloche, en vez de regresar a la residencia de Olivos, donde yacen Juan Perón y Eva Perón, aquellos dos polos de la conciencia popular argentina.

La proclama de la Junta Militar contiene un sarcasmo revelador cuando arguye como motivo del golpe "la falta de capacidad de convocatoria que ha demostrado el gobierno nacional".

Paladinamente las clases dominantes le informan al peronismo burgués de Isabelita y de Lorenzo Miguel, del literalmente tráfuga de Casildo Herreras —"borrado" en Montevideo de sus responsabilidades como secretario general de la CGT—, que han fracasado en derrotar las aspiraciones históricas de la clase obrera peronista y el pueblo argentinos. Que otra vez les toca el turno a ellos de ejercer sin rubores el poder, para enfrentar la vigorosa voluntad emancipadora que anida en las fábricas, talleres, oficinas, escuelas y universidades. Por eso también comunica la Junta Militar que las fuentes de producción y los lugares de trabajo, estatales y privados, "serán considerados de interés militar".

Pero aquella clase obrera de las heroicas jornadas del 10. de mayo de 1909 y de la Semana Trágica de 1919, de la Patagonia heroica y rebelde de 1921, de las huelgas contra la Forestal; la clase obrera del 17 de octubre de 1945, de la huelga del Frigorífico Lisandro de la Torre el 19 de enero de 1959; de la Resistencia Peronista y la CGT de los argentinos de los cordobazos, rosariazos, tucumanos y mendozazos que dieron al traste con la dictadura militar de 1966, es esta misma que se negó a ser defraudada políticamente por el peronismo burgués y que guarda, como fruto maduro de su experiencia, la esperanza de su cierta victoria, el fin de la explotación del hombre por el hombre.